

# Homenaje rendido a don Enrique Molina, en el Liceo de Hombres de Concepción

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL RECTOR DEL  
LICEO DON JULIO SAEZ MORALES

Señor Molina, señoras, señores, alumnos del Liceo:

Es alto honor y placer grande para los profesores, personal administrativo y alumnado de este Liceo tener entre nosotros en este instante en calidad de selecto invitado a nuestro ilustre ex Rector, don Enrique Molina Garmendia, a quien tributamos complacidos en el Aula Magna del Establecimiento este homenaje de admiración, aprecio y simpatía con motivo de haber cumplido él cincuenta años de valiosos y eficientes servicios en la enseñanza nacional.

Debo decir algunas palabras para justificar el hecho de que, aunque ya el señor Molina ha recibido de parte de otras instituciones cálidos aplausos por su sobresaliente labor, haya querido el Liceo distraer parte del tiempo de su festejado solicitándole la aceptación de esta velada. Sé que al hacer algunas breves consideraciones al respecto he de lastimar su modestia, por cuyo motivo desde luego le pido que me perdone.

Cuando la Universidad de Concepción tuvo la idea de hacer un acto público en celebración de los dilatados años de servicios por su digno Rector en la enseñanza nacional, creyó nues-

tro Liceo que no debía quedar al margen de tal iniciativa, ya que ella propendía a poner de relieve los merecimientos de un eminente maestro, maestro fuertemente vinculado a la labor educativa y cultural del Liceo de Hombres en la primera parte del siglo actual.

No habiendo sido posible participar en aquel acto público, hemos querido nosotros dar a conocer qué razones tenemos para ensalzar la figura del señor Molina y por qué motivo nos regocijamos de sus merecidos triunfos. Ante todo, nos sentimos maestros y por eso nos es especialmente grato reconocer en el señor Molina a un maestro de vocación auténticamente verdadera. Recibido muy joven de profesor de Estado, se graduaba pocos años más tarde de abogado, y entre estas dos carreras, la que tiene por objeto la justicia y el derecho, sublimes ideales que no obstaculizan el alcance de un porvenir económico holgado, y la otra, que tiende a la formación de una juventud capaz de sustentar los cimientos sobre que descansa la grandeza de una Nación, pero que lleva envuelta en ella el renunciamiento a los grandes bienes materiales, el señor Molina, sin vacilación alguna, se dedicó de lleno al ejercicio de aquel llamado que brotaba de lo más puro de su alma y que le señalaba los anchos campos de la Pedagogía como los más fecundos para conseguir el logro de sus aspiraciones, condensadas en la satisfacción íntima de haber servido a la República en la arteria que le asegura un porvenir risueño y estable.

Como profesor de Historia y Geografía dejó el señor Molina una huella luminosa en los diferentes Liceos (el nuestro entre ellos) en que le tocó actuar, hasta que en el año 1915 se le designó por el Supremo Gobierno para desempeñar el Rectorado de este Colegio. En esa fecha se radica definitivamente en Concepción y durante veinte años, como Rector, prodiga a manos llenas su acervo intelectual, la simpatía de su trato y sus variadas actividades, que se traducen en conferencias,

opúsculos y libros de mayor aliento y en aquella otra que da por resultado la fundación de la Universidad de Concepción.

Innecesario parece tener que advertir que junto con agrandarse el prestigio del señor Molina también crecía la órbita de penetración del Liceo que él regentaba. Y a este respecto, permítaseme decir unas cuantas palabras sobre la fundación de la Universidad, que no tienen otro fin que recalcar por qué nosotros, los liceanos, junto con alegrarnos de ellos, sentimos en parte como propios los galardones obtenidos por nuestro ex Rector, ya que ellos siempre iban poniendo cada vez más en alto la obra de difusión cultural impartida por nuestro Liceo.

Desde hace muchísimos años fué siempre una constante preocupación de algunos Rectores del Liceo obtener del Gobierno la creación en esta ciudad de cursos universitarios. El que más se distinguió en este sentido fué don Javier Villar, que en nota de 15 de junio de 1888 propuso a la consideración del Supremo Gobierno un proyecto de reedificación del Liceo, a fin de establecer en él una Universidad con todas sus facultades, proyecto que fué aprobado por el Supremo Gobierno.

A don Enrique Molina, Rector del Liceo, le correspondió realizar, secundado por una pléyade de esforzados luchadores, esta verdadera hazaña de dar vida magnífica a los sueños de sus antecesores.

Si es cierto que la Universidad de Concepción no es fiscal, nadie puede discutir que el Gobierno no la ha amparado con mano generosa. Ni nadie tampoco puede negar que fué el Rector del Liceo de Concepción el principal impulsador de ella, y que fueron profesores del Liceo los que tomaron a su cargo su primer curso universitario y después el de Leyes, y que fué el del Liceo el local que la Universidad ocupó por muchos años.

¿Podría, entonces, el Liceo no sentirse ufano con los éxitos de su ex Rector y considerarlos en parte como cosa propia?

Es verdad que la mayor parte del personal del Liceo que actuó durante su Rectorado, ya no pertenece al Colegio. Tam-

poco quedan alumnos en sus aulas de los que escucharon sus lecciones. Pero el nombre del señor Molina y las señales de su obra viven latentes en los corazones liceanos, y por eso, porque profesores y alumnos le guardamos reconocimiento, porque profesores y alumnos le deparamos afecto y aprecio sinceros, el Liceo, en su Salón de Honor exterioriza en estos instantes esos sentimientos latentes que anidan en el alma liceana.

Maestro, has cumplido cincuenta años de brillantes servicios en la Educación Nacional y todavía tu espíritu entusiasta y juvenil afila las armas para continuar en la lid. ¿Habrá otro ejemplo más dignificante de amor por el trabajo? Hay o no motivo para que el Liceo rinda este tributo de admiración por su ex Rector?

---

## DISCURSO PRONUNCIADO POR DON RENE CAMPOS CAMPOS, ALUMNO DEL VI AÑO DE HUMANIDADES

Señoras, señores:

Ancho es el mar, inmenso el cielo, grande la tierra: mas, hay algo sobre la naturaleza que es más ancho, más inmenso, más grande que el mar, que el cielo, que la tierra. Tal es el hombre.

Puede que alguien me dijera, mostrándome una tumba: He ahí la grandeza del hombre. Mas, diríale muy presto: La muerte es una función, una dependencia del hombre. Existe porque él existe, y la muerte del último hombre será también su propio fin.

No faltaría quizás, quien me hablara de Dios y yo diríale a mi vez: Dios, en esencia, es eterno, infinito, inmutable; y, precisamente por serlo, es un ente monstruosamente estático y, en consecuencia, fuera de lugar en este glorioso constante devenir que constituye ese enigma que llamamos vida.

Hubiera, tal vez, el que sólo dijérame esta sola y única palabra: Infinito. Y yo estaría obligado a convenir: Sí, decís bien, el hombre ante el infinito no es sino un grano de mostaza. Pero luego volvería mis ojos hacia el dulce sembrador de Israel, que en aquel tiempo dijo a sus discípulos: Ved este grano de mostaza. ¿Es pequeño, verdad? Mas, sembradle y germinará; regadle y echará raíces; cultivadle y tendrá tallos y hojas, y se elevará hasta el cielo, y dará grande sombra, y las aves del cielo anidarán en él, y darán nuevas vidas que le bendecirán con trinos y gorjeos.

Sí, señoras y señores. Grande es el hombre e inmensa su fortaleza.

Cuando la naturaleza tiembla y se estremece, cuando el rayo y el relámpago fulminan y ciegan, cuando las sordas y siniestras fuerzas del destino se desgranán, cuando la fatalidad desencadena sus amenazas, ahí tenemos al hombre a pie firme, cara al cielo y corazón sereno. ¿Dónde, diréisme, reside su serenidad? ¿Cuál es la fuente de su entereza, el origen de su coraje?

Porque, el hombre por su cuerpo, por su físico, por su materia, por el barro que lo forma, no es sino una débil caña, la más débil que darse pudiera en la naturaleza. Una gota de agua —ha escrito Pascal— bastaría para aniquilarle, un soplo para quebrarle, una brizna para aplastarle. Y, sin embargo, qué de grandeza no hay en él. Debe haber «algo», entonces que lo sublima, que lo eleva ante la naturaleza, y lo transforma, de débil caña, en robusto roble en que se quiebren las alas, los vientos y las tempestades. Ese «algo» es el que trueca el hombre animal en el hombre espíritu. Ese «algo» es el que lo hace un Atlas del Universo. Ese «algo» es el que lo hace también nacer un Platón, un Spinoza, un Kant, un Joyce, sobre éste, que alguien llamó «valle de lágrimas».

Ese «algo» es, en fin, el Logos de los griegos. La Razón. La Razón es el principio que distingue y singulariza al hombre de los demás seres de la creación. Ella es la que lo hace un ser

privilegiado, una caña que piensa. Pero, ¡qué triste privilegio es pensar! Porque no creáis, señoras y señores, y muy especialmente vosotros, jóvenes que recién probáis vuestras alas en los espacios de la intelectualidad, que pensar es algo diáfano, grácil, leve. No, sabed que si hay un gran dolor sobre esta tierra es el dolor de pensar.

He aquí por qué el hombre ha tenido que reducir los límites de su razón, guardar para sí una pequeña parte. He aquí que ha debido hacer un desdoblamiento, si me permitiérais decirlo así, de la Gran Razón, guardando para sí una parte infinitesimal, de uso sencillo, sin complicaciones, casi diríamos doméstico. La otra porción, aquella que permite abrir todos los arcanos, aquella que es la llave maestra que es capaz de abrir las puertas del templo de Hermes Trimegisto, ha sido reservada para el que tiene el valor de echar sobre sí tal dolor, tal cargo. Tal hombre es el Filósofo, el que yo llamaría masoquista del espíritu, porque él, sólo él, ha adoptado una postura cómoda para contemplar lo desconocido y traducirlo a un lenguaje que está al alcance de nosotros, átomos del pensamiento.

Ese hombre-filósofo es el héroe, el más grande héroe que pueda darse en nuestra feble humanidad. Digno es de todos los homenajes, de todas las alabanzas, de todas las reverencias, de toda la pleitesía.

Y eso es, señoras y señores, lo que hacemos en estos momentos. Cumplir con el alto deber de rendir homenaje, reverencia, pleitesía, a uno de esos prohombres del espíritu, depositario de todas las verdades de la razón.

Bien sabéis de quien se trata. Es, para vosotros, una figura familiar, y, me atrevería a decir que no hay ninguno de vosotros que no haya aprendido algunas de sus sabias enseñanzas. Su figura ascética, magra, si se quiere, a los ojos del vulgo, tiene para nosotros, ínfimos admiradores suyos, las tres cualidades que Santo Tomás de Aquino exigía a lo bello: «integridad, armonía y luminosidad».

La pureza de su vida, en la que no ha habido lugar para el doblez y la perfidia, es la mejor prueba de integridad.

La inquebrantable serenidad de su espíritu y la recta trayectoria humana por él recorrida, forman la armonía prescrita.

Y, por fin, todo un continente que mira en él a un maestro, sabe de los rayos que de su personalidad irradian y de su palabra encendida, todo lo cual atestigua luminosidad.

Tal hombre es: «Enrique Molina».

No os extrañéis que os diga simplemente Enrique Molina, desprovisto su nombre de las fórmulas que la urbanidad prescribe. Es que me parece que estaría fuera de lugar anteponerle un «Don» o un «Señor». Pienso que tales fórmulas no son aplicables al caso de los hombres que están fuera de una época determinada, y que no pertenecen ni a sí mismos, ni a una región, ni a una cultura tal o cual, sino que a la humanidad entera. Es por eso que no diré, «Señor» Enrique Molina como no diría «Señor» Platón o «Señor» Aristóteles.

Ahora bien, ninguno de vosotros ignora que Enrique Molina pasó muchos años en esta vieja casa de estudios. Tampoco desconocéis la profunda huella de afecto que su paso dejara en el corazón de cuantos convivieron directa o indirectamente con él durante aquellos años. Pero si hubiera quien asegurara que esa huella se ha borrado o ese afecto ha desaparecido, reciba ahora como un bofetón el más rudo mentís. Es cierto que el Liceo de Concepción tenía una deuda de honor para con él, la de no haber hecho públicos su reconocimiento y su afecto en un acto que como éste reuniera a cuantos le quieren bien. Pero esa deuda está saldada. En este mismo momento el alumnado, sin restricciones de ninguna especie, lo saluda y le dice muy alto, muy alto, que la tradición no se ha borrado y que un maestro de tan alta envergadura moral contará ahora y siempre con el cariño y el respeto más profundo.

¿Qué razones tiene el Liceo para rendir un homenaje como este? Sólo éstas y las únicas de peso para el corazón juvenil:

cariño, estimación, afecto. No en vano se ha dicho que el corazón tiene sus razones que la razón no comprende.

Pero si ellas no bastaran he aquí otras de distinta índole. Ellas son todos y cada uno de los actos de la vida de Enrique Molina.

El año 1892 sale a ponerle el hombro a la vida el primer curso que egresara del Instituto Pedagógico de Santiago. Formaban en sus filas muchos que llegaron a ser grandes valores en nuestra vida nacional. Entre ellos iba Enrique Molina portando el título de profesor de Estado en las asignaturas de Historia y Geografía. Más tarde unió a su título de profesor el de abogado. Se le presentó entonces una disyuntiva, la elección de su verdadera profesión. Del acierto de ella, la mejor prueba es este homenaje. Su primer nombramiento lo envió al Liceo de Chillán con el cargo de profesor de su especialidad y de Inspector General. Algún tiempo más tarde el Liceo de Concepción le contaba entre sus miembros predilectos.

La labor que desempeñó desde aquí fué de tal magnitud y con tan fructíferos resultados, que el Supremo Gobierno lo envió al Liceo de Talca con el título de Rector.

En ese cargo le cupo desempeñar una ruda labor de organización de la que para apreciar sus resultados no hay sino considerar que el Liceo de Talca puede, desde entonces, figurar entre los mejores de la República.

El año 1915 se le nombra Rector en propiedad de nuestro Liceo, donde desarrolló una obra inapreciable hasta el momento de obtener su jubilación el año 1935.

En nuestra ciudad el nombre de Enrique Molina corre paralelo al de la Universidad. Difícil sería precisar quién prestigia a quién. Si Enrique Molina debe su nombradía al hecho de haber organizado la Universidad o si la Universidad goza de fama por ser Enrique Molina quien la organizó, es algo que no podríamos precisar.

La labor de este gran americano no ha sido realizada solamente en el círculo estrecho de un aula. Como un buen sembrador que en momentos difíciles presta de su semilla a su vecino, así también ha ido derramando por el surco abierto del mundo la semilla pura de su ideario. Largos viajes de estudio ha realizado: numerosos Congresos Internacionales le han visto y le han oído; su palabra impresa corre por doquiera encerrada en libros de tanta trascendencia como: «Por los valores espirituales», «Filosofía americana», «Filosofía de Bergson», «Proyecciones de la Intuición», etc.

Numerosas son las distinciones que el mundo le ha otorgado. He aquí que alguien que quisiera halagarle podría decirle: «Presidente de la Universidad de Concepción», «Oficial de Instrucción Pública de Francia», «Caballero de la Corona de Italia», «Miembro Honorario de la Sociedad Científica Argentina», «Miembro Académico de la Facultad de Letras» y qué sé yo cuantas cosas más. Sólo hay un título que, presiento, le satisfaría, un solo calificativo que le halagaría y es: «Maestro».

Porque eso es lo que es y no otra cosa: Maestro; auténtico maestro. Maestro de cepa.

Señoras y señores, no podría decirlos más, aunque quisiera, sobre la vida del Maestro. No soy yo el llamado a hablaros sobre ella porque según lo ha demostrado Descartes, lo perfecto no puede ser interpretado por lo menos perfecto. Por eso, permitidme al menos, antes de finalizar, dirigirme en nombre de los alumnos de este Liceo directamente a «Enrique Molina». Ilustre Maestro, 1,300 alumnos tiene este Liceo. 1,300 alumnos que hoy, en homenaje vuestro, son un solo latido de un solo y gran corazón. 1,300 alumnos que os reverencian, os admiran y ven en vos, el ideal a que todo ciudadano con el alma bien puesta debe aspirar. Como afecto tanto y admiración tanta no pueden materializarse con meras palabras, han recurrido a un arbitrio: obsequiaros un retrato vuestro en prenda de aprecio y de sincera gratitud. Recibidlo y sea él garantía del lazo que

une indisolublement al alumnado de este Liceo con su antiguo Rector.

En lo que a mí respecta debo también deciros algo. En cierta ocasión os oí decir: «La eternidad devora todo lo que cruza sus límites». Yo os digo hoy, errásteis, o más bien, tenías razón sólo en parte, la eternidad respeta algo, la Verdad y vos señor, a fuer de filósofo, poseéis la verdad y os eternizaréis con ella.

Alumnos de este Liceo; estoy seguro de interpretar el pensamiento del maestro, al deciros que el mejor homenaje que podéis rendirle es éste: hacerse hombres de bien. Si tal hiciéreis, sus cincuenta años de apostolado no serían algo sin sentido.

Y para hacerse hombres de bien sólo hay un medio: hacer de cada minuto de vuestra existencia, sesenta segundos de rudo combate. (Rudyard Kipling).